

Tribuna

La oportunidad navideña



JOSEP MOYA-
ANGELER

Periodista

La Navidad, sincretismo pagano-cristiano en donde se celebran las esperanzas que la vida nos augura, ha devenido en nuestra sociedad en la gran oportunidad relacional, auténtica vocación del mensaje cristiano: entenderse los unos con los otros, aceptar al otro, respetarlo, identificarse con él, y sentir al prójimo como próximo pues a fin de cuentas este es el sentido de la palabra prójimo.

Cuatro domingos (el Adviento que tanta gente desconoce y que marca un período de reflexión sobre cómo queremos llenar nuestras vidas de esperanzas) preceden a la fiesta navideña. Los ignorantes no entienden que este año el Adviento haya comenzado en noviembre y que las luces navideñas se hayan encendido tan temprano. Siempre se encienden igual: cuatro domingos antes de Navidad; los hay que no saben ni contar en el calendario. Cuatro semanas para preparar una fiesta que gira esencialmente en torno a la mesa: una vez más el hedonismo impregna la espiritualidad; los epícuricos han triunfado.

Un viejo amigo me ha comentado que lleva varias semanas preparando la Navidad. Le he preguntado ingenuamente qué compras ha realizado. Y me ha respondido que ninguna, que está preparando los temas sobre los que quiere hablar en las comidas y cenas de Navidad y Fin de Año. Me ha dado una buena lección, porque ha añadido que la Navidad es la oportunidad de reencontrarse con mucha gen-

te, incluso con la que vemos cada día, y con las que apenas dejamos de ser superficiales. Y he sentido ridículo de haber pensado estos últimos días en algunos regalos de ilusión para los míos. Está claro que el mejor regalo es un encuentro que deje huella en la memoria y en los afectos.



Está claro que el mejor regalo es un encuentro que deje huella en la memoria y en los afectos

Soy de los que odian las moralinas y las falsas caridades, esas que consisten en acordarse de los pobres una vez al año (recuerdo aquel «ponga un pobre en su Navidad» que triunfó en la burguesía franquista en los años 60). Esas obras que ayudan a limpiar las malas conciencias no van conmigo. La conciencia no se sana a golpe de dádivas. Creo que nuestras vidas han de estar regidas por actitudes permanentes, por un actuar noble, recto y justo. Odio, por tanto, las Navidades entendidas como una ilusión con purpurina y lucecitas engañosas. Pero no renuncio a la oportunidad del encuentro con los seres próximos y menos próximos con los que se debe ser generoso en afectos y comprensión. En su libro «**Quatre carpetes marrons**» que acaba de aparecer, Toni Rodríguez

dedica la obra «a los que me han amado mucho o poco». No importa cuánto nos aman los demás, lo que importa es que nos han abierto de alguna manera su corazón y esto es de agradecer, porque nos ha enriquecido y ha suavizado las aristas dentadas de la vida.

Amar no se ama ni más ni menos, se ama, es decir se abre uno intelectualmente a los sentimientos sin poner medida. No es nuevo que alguien defienda el hecho de amar como una fatalidad: es decir como algo que ocurre inopinadamente porque —como se dice ahora— «hay química». Sostienen que uno se enamora y ama, inevitablemente, sin poder hacer nada. Sueña a folletinesco hado. Mantengo que el ser humano selecciona a quien amar y cómo amarlo, pues en eso se basa el principio filosófi-

co de la libertad humana: en poder elegir. Amar por impulsos, sin racionalizar el acto, es resolver de forma fatídica el principio de atracción. El ser humano es racional y de esa libertad de amar nace su grandeza mayor, la gran revolución que comenzó hace 2.000 años: decidir amar a todo el género humano. Amar en el sentido caritativo que supone aceptar al otro y darle algo intencionadamente.

Ya sé que cuanto acabo de decir puede suponer entre utópico y franciscano, pero las utopías deben existir para intentar conseguir las, acercándonos al máximo. No se trata de tener sueños, sino de buscar el gesto casi perfecto que dignifique nuestra condición de humanos. Y esto, si sabemos hacerlo en estos días navideños, nos enriquecerá irremediabilmente.

LA VIÑETA Peridis en El País



LOS COLUMNISTAS

Antonio
Gala
El Mundo



Demonios familiares

¿El hijo de un inmigrante húngaro aún no ha aprendido a ser francés? Sin embargo, la supervaloración de su hijo y su boda con la Bruni, y la in-

corrección de su estatura dan a entender que sí sabe algo de eso. Él cree que así luchará contra el trivalismo, en lugar de favorecer el chovinismo. Las menudencias, las luchas históricas, los celos miserables sí se pagarán a los más ignorantes y pequeños. Cosa que no sucede, salvado el Ku

Klux Klan, en la olla podrida que es USA, donde es tan difícil distinguir uno de otro sabor. Quizá debiera Sarkozy preguntar qué es ser francés a los ecuanímenes de fuera: capaces de percibir una más limpia primera impresión, con perspectiva y sin presiones, mejor que nosotros mismos...

Francesc
Escribano
El Periódico



El siglo XXI y los referendos

El siglo XXI está demostrándonos que el mundo ya no es viejo, que todo es América. Quién iba a decirlo, pero en EEUU tienen un presidente

negro, en la Generalitat tenemos un presidente que no ha nacido en Catalunya y el Barça es el mejor equipo del mundo. Por lo tanto, no me extrañaría nada que fuese este el siglo en el que se lograra la independencia. Es un objetivo complicado, difícil si tenemos en cuenta que, hoy por hoy, es un

posicionamiento político que crece pero que no parece mayoritario. Además, para acabar de arreglarlo, históricamente los grupos independentistas tienden más a la disensión que a la generación de consenso, como se ha visto a la hora de valorar los resultados de las consultas del domingo...